

COVID-19, un poco más allá de lo que ya sabemos de sobras

Tomás Ibáñez, 27 de marzo de 2020.

En <https://www.facebook.com/notes/tom%C3%A1s-ib%C3%A1%C3%B1ez/covid-19-un-poco-m%C3%A1s-all%C3%A1-de-lo-que-ya-sabemos-de-sobras/10158340870033628/>

Dramático, lancinante, indignante... cabreo mayúsculo, ¡por supuesto! Al igual que le ocurre a mucha gente así lo estamos viviendo, y el hecho de gritar nuestra rabia [1] no solo nos ayuda, sino que quizás sirva también para despertar algunas conciencias. Hay que hacerlo, claro, pero es tan insuficiente como darle vueltas a lo que ya sabemos de sobras.

Sabemos perfectamente que los recortes en sanidad han propiciado este caos y han multiplicado las muertes, sabemos que el vergonzoso estado de los "moritorios" dónde se aparcan a las personas mayores está produciendo auténticas hecatombes, sabemos que la única ley que conoce el capitalismo consiste en maximizar los beneficios, y que considera que todo lo demás es inexistente o es totalmente accesorio, incluida la vida de cualquier ser viviente. Sabemos todo esto, hay que denunciarlo sin tregua, pero es insuficiente.

Creo que al igual que los gobiernos están aprendiendo de esta situación, también debemos hacerlo, anteponiendo el esfuerzo por aprender a la mera repetición casi compulsiva de lo que ya sabemos.

Es obvio que esta pandemia pasará, pero también está claro que llegarán muchas otras en el futuro, y no es descabellado pensar que el riesgo biológico constituye una mayor amenaza para la supervivencia de la humanidad que, sin ser menospreciable, el tan cacareado riesgo ecológico. De momento, y sin que eso sea intencionado ni deliberado, (las teorías de la conspiración solo contribuyen a distorsionar la percepción de las situaciones) este episodio está sirviendo de gran banco de pruebas para los procedimientos de control masivo de las poblaciones que caracterizan el totalitarismo de nuevo tipo que se nos viene encima. Con lo cual, además del riesgo biológico que amenaza la supervivencia física de la humanidad, el riesgo totalitario también amenaza la supervivencia de las prácticas de libertad que aun somos capaces de ejercer los seres humanos.

Ese banco de pruebas esta poniendo de manifiesto que, como dice Byun-Chul Han en un artículo de imprescindible lectura [2] (y que utilizo libremente aquí): " las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macro datos [...]".

La eficacia con la que la epidemia del COVID-19 ha sido atajada en China está indicando a todos los gobiernos del mundo la dirección a seguir, y eso da alas a la instauración de un totalitarismo de nuevo tipo que se nos viene encima, y que el mencionado pensador sustenta en los siguientes datos:

En China hay 200 millones de cámaras de vigilancia, muchas de ellas provistas de una técnica muy eficiente de reconocimiento facial [...] Estas cámaras dotadas de inteligencia artificial pueden observar y evaluar a todo ciudadano en los espacios públicos, en las tiendas, en las calles, en las estaciones y en los aeropuertos. [...] Cuando alguien sale de la estación de Pekín es captado automáticamente por una cámara que mide su temperatura corporal. Si la temperatura es preocupante todas las personas que iban sentadas en el mismo vagón reciben una notificación en sus teléfonos móviles. No en vano el sistema sabe quién iba sentado dónde en el tren.

[...] En Wuhan se han formado miles de equipos de investigación digitales que buscan posibles infectados basándose solo en datos técnicos. Basándose únicamente en análisis de macro-datos averiguan quiénes son potenciales infectados, quiénes tienen que seguir siendo observados y eventualmente ser aislados en cuarentena[...] El Estado sabe por tanto donde estoy, con quién me encuentro, qué hago, qué busco, en qué pienso, qué como, qué compro, adónde me dirijo. Es posible que en el futuro el Estado controle también la temperatura corporal, el peso, el nivel de azúcar en la sangre, etc. Una biopolítica digital que acompaña a la psicopolítica digital que controla activamente a las personas.

El nuevo totalitarismo que se está instalando y al cual acontecimientos como el del COVID-19 dan alas, es el enemigo del cual urge que tomemos consciencia si no queremos vernos definitivamente desarmados frente a los dispositivos gubernamentales del ejercicio de la dominación y de la opresión.

Además de ese primer aspecto que la situación actual debería incitarnos a poner en un primer plano de nuestras preocupaciones para intentar hacerle frente (no me preguntéis cómo, -sé que no lo sé-, pero también sé que debemos trabajar denodadamente para conseguir saberlo), hay un segundo aspecto que también debería escalar peldaños hasta situarse en lo más alto de nuestras preocupaciones militantes.

Los riesgos biológicos, entre ellos los que nos aquejan actualmente, aun son mucho más amenazantes en otras zonas geopolíticas del planeta, en otros continentes, como por ejemplo el continente africano, donde amplios sectores de la población no disponen ni siquiera del agua necesaria para lavarse las manos, precaución que tanto se nos recomienda en nuestras latitudes. Esa situación aun debería indignarnos mucho más que las que nos deparan las políticas de austeridad aplicadas en nuestras zonas, y deberíamos lanzar en su contra un grito aun mas potente que el que lanzamos, justificadamente, contra los recortes que padecemos. Apelar a la solidaridad con los más desprotegidos de nuestro entorno es necesario, claro, pero aun es más perentorio impulsar la solidaridad con las poblaciones de las zonas más pobres del planeta. ¿Nos imaginamos cuales podrían ser los estragos del virus en muchas ciudades de África, o, más cerca de aquí, en los campos de refugiados que aguardan a las puertas de Europa?

No se trata de culpabilizar de la miseria del mundo a quienes luchamos para defender nuestros intereses frente a los recortes, pero sí de situar en las agendas de las protestas y de las reivindicaciones la necesidad de ejercer tanta presión, o aún mas, sobre las autoridades para que hagan fluir recursos hacia esas zonas. Sabiendo perfectamente que mientras no salgamos del capitalismo eso implicará que buena parte de los recursos que gracias a nuestra presión el sistema oriente hacia esas zonas se sustraerá en buena medida de nuestro propio nivel de vida.

Ojalá pudiéramos conseguir que la solidaridad con esas zonas no mermase nuestros propios recursos, sino que saliera de las cajas fuertes del capital, pero si la

relación de fuerzas no nos permitiera conseguirlo, deberíamos estar en disposición de priorizar la solidaridad con quienes más la necesitan (y de muy lejos), asumiendo sus eventuales costos para nuestro propio modo de vida.

Si el COVID-19 contribuye a que nos concienciamos, antes de que estemos atados de pies y manos y que sea demasiado tarde, (ya queda poco tiempo) del nuevo tipo de totalitarismo que avanza a pasos agigantados, y a que parte de la presión que ejercemos sobre nuestros gobiernos para que nos restituyan algo de lo que nos quitan, la orientemos a exigirles que atiendan a los pueblos más necesitados de otros continentes, algo habremos aprendido de esta experiencia.

[1] En lugar de esos aplausos a los que incluso nos podríamos sumar si no respondiesen en buena medida al borreguísimo alentado por instituciones, autoridades y medios de comunicación.

[2] <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>